EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LAURA,

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo
Juan sin Tierra
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinc
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos esp
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una car
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Terue
La verdad en el espej
La banda de la Conde
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fer
Las flores de Don Jua
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
La escuela de los ami
La escuela de los perd
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera.
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta
La peor cuña.
La choza del almadren
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlar
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina
Martin Zurbano.

LAURA.

LAURA,

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL.

Representado por primera vez en el teatro Principal de Cádiz, el 10 de Marzo de 1864, á beneficio de Doña Pilar Ros.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA..................	Doña Antonia Segura.
LAURA, niña de 12 años[1].	Doña Pilar Ros.
D. EUGENIO............	D. Sebastian Bechio.
BLAS..................	D. José Guerrero.
D. FERNANDO..........	D. Fernando Vigo.
D. ANTONIO............	D. Ramon Israel.
UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL.......	D. N. N.

La accion se supone en 1860, en una casa de campo, en las montañas de Aragon.

1 Este papel está escrito para que donde no haya una niña que pueda hacerle, le hagan las damas jóvenes, variando las fechas, como se verá en su lugar.

Á LA PRECOZ ARTISTA

DOÑA PILAR ROS.

Incomparable niña: La noche que te ví desempeñar en el teatro del Circo de esta córte los difíciles papeles de LA ARCHIDUQUESITA y AUNQUE LA MONA SE VISTA DE SEDA... concebí el proyecto de escribirte una obra: por circunstancias especiales no la pude concluir para que la hicieras entonces: hoy que está concluida te la envio, porque mi intencion fué que tú la estrenaras: si tiene buen éxito lo deberé mas á tu donaire y talento que al mérito de ella.

Recibe esta muestra de simpatia del

Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala pobre de una quinta ó casa de campo; dos puertas laterales y una al foro, por la que se verá una montaña. Sillas y mesa rústicas; un tintero de cuerno y papel en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, BLAS con escopeta, y LAURA.

BLAS. ¡Es el diablo esta muchacha!
¿quién dijera?...
LUISA. ¿Qué pasó?
LAURA. No ha sido nada, mamá.
BLAS. Si se ha atrevido... ¡qué horror!
para que por un descuido...
¡Jesus y qué tentacion!
LUISA. ¿Pero qué fué?
LAURA. ¡Vamos, Blas!
No la diga usted por Dios...
BLAS. Lo diré, para que asi
te dé un castigo.
LUISA. ¡Señor!
¿qué habrá sucedido?
LAURA. ¡Nada!
BLAS. Debes con mucho rigor
tratarla, porque hace cosas...
¡que ni el demonio!

LUISA. Mas...
LAURA. ¡Oh!
BLAS. Ha hecho...
LUISA. ¿Pero qué ha sido?
LAURA. Pues voy á decirlo yo:
¿no me reñirás, verdad?
LUISA. Si no mientes...
LAURA. ¡No por Dios!
que la verdad te diré;
atiéndeme: ¡Hum! ¡soplon!
¿vé usted como no me riñe?
BLAS. ¡Asi anda ello! ¡Es un dolor!
LUISA. Mas ¿qué quiere usted que haga?
BLAS. ¡Cierto! ¡buena educacion!
LAURA. Dame un beso adelantado
y despues me darás dos,
que el caso te contaré
esperando tu perdon. (Se besan.)
Como sabes, fuí con Blas
al bosque al salir el sol,
montadita en la pollina;
llegamos, y me bajó
dejándome bajo un árbol,
y junto al cual arrimó
la escopeta; en el momento
cogió el hacha, y con furor
empezó á partir su leña,
en tanto jugaba yo
persiguiendo mariposas;
un rato largo pasó,
y él buscando algun arbusto
para su intento mejor,
se alejó un poco de mí;
y en esto, se me ocurrió
acostarme bajo el árbol
otra vez, cuando rumor
oigo entre las zarzas; luego
crece el ruido, y veloz
salta un lobo...
LUISA. ¡Ave Maria!
LAURA. Jadeando de calor;
sin turbarme, ni sentir

miedo, con gran decision
cogí la escopeta, y pum!
la disparé...

BLAS. ¡Y lo mató!

LUISA. ¡Hija mia! ¿Por qué hiciste
esa locura? ¡qué horror!
¿cómo te determinaste?...

LAURA. No me regañes; no es hoy
la primera vez que cojo
la escopeta y que...

BLAS. ¡Gran Dios!
así ocurren las desgracias,
y luego... ¡pero es valor!

LUISA. ¿Pero tú sabes tirar?

LAURA. ¡Del gatillo! ¿por qué no?
¿eso qué tiene que hacer?

BLAS. Vamos, si es lo mas feroz!

LAURA. Si no apunté...

LUISA. ¿Pero cómo
le mataste?

LAURA. ¡Qué sé yo!
La cogí como los hombres;
tiré del gatillo, y pom!
¡salió el tiro, y me caí!
¡Blas al momento acudió!

BLAS. Me figuré que era ella
la que estaba muerta.

LAURA. ¡Yo!

BLAS. Y cuando llego asustado
llena el alma de temor,
se me rie á carcajadas
diciendo... «¡tambien cayó!»
vuelvo la cara y me veo
al lobo... ¡si esto es atroz!
tendido sobre la tierra,
pues la niña le metió
dos balines nada menos,
en medio del corazon!

LUISA. ¡Pues eso no se hace, niña!

LAURA. Nada malo sucedió,
y no lo volveré á hacer;
aunque mira, fué mejor

matarle, que si me embiste...

BLAS. ¡Es verdad!

LUISA. ¡Tienes razon!

LAURA. Ya conoceis que hice bien;
me diste un beso; ahora, dos,
¡pues te conté la verdad!

LUISA. Te los doy, á condicion
de que no vuelvas... (La besa.)

BLAS. ¡Corriente!
¡qué bonita educacion!
en lugar de regañarla
y darla un castigo...

LUISA. ¡No!
sin castigo no se queda;
que hubiera sido mejor
que exponerse de ese modo
á una desgracia...

LAURA. Si yo...

LUISA. Que hubiese acudido á usted
dándole el arma...

BLAS. Razon
tiene tu madre.

LUISA. Y asi
no he de permitirla hoy
ir por la tarde á la huerta.

BLAS. ¡Al momento! ¡No señor!
á la huerta irá conmigo!
Otro castigo, ese no!

LUISA. No irá con usted al bosque
ningun dia.

BLAS. ¡Eso es peor!
¿Pues quién me acompañará?
No estará á disposicion
de la niña la escopeta;
porque ahora que sé yo
sus mañas, la evitaré...
mas no la prives, por Dios,
que me acompañe.

LUISA. Y entonces...

BLAS. Otro castigo; ese, no.

LUISA. No comerá de las frutas
que mas llaman su atencion.

BLAS. ¡Sitiarla por hambre! ¡Bah!
eso fuera muy feroz!
Y privarla... ¡pobrecilla!
¡otro castigo; ese, no!

LAURA. ¡Señor Blas, siga usté así,
que me vá bien!

BLAS. Pues mejor
te fuera si yo pudiese...

LUISA. Si usted siente mas que yo
el castigarla... ¿por qué
viene con la pretension?...

BLAS. ¡Porque es muy mala, hija mia!
verás como pronto... ¡oh!
nos da un susto...

LUIS. ¿Y cómo haremos?

BLAS. Se busca un castigo...

LAURA. ¡Atroz!
Si usted quiere á la Laurita
que va á ser buena, y los dos
somos los compañeritos
en el campo... y el sudor
enjugo á usted cuando viene
fatigado por el sol...
y... en fin, deme usté un abrazo
y todo se concluyó!

BLAS. Con estas gazmoñerias (Abrazándola.)
me engaña sin remision.

LAURA. Mamaita, tú dos besos;
dámelos pronto; y adios! (La besa.)
Porque veas que soy buena
voy á estudiar mi leccion!

ESCENA II.

LUISA y BLAS.

LUISA. ¡Qué graciosa!

BLAS. ¡Buena pieza!
Con mucho mimo la tratas,
y ya verás como un dia
se te subirá á las barbas.

LUISA. Ella no tiene mal fondo;

es loquilla... al fin muchacha;
y si digo la verdad
siento mucho castigarla.
¡Ya sabe usted, padre mio,
que ha nacido desgraciada!

BLAS. No ofendas á Dios, Luisa;
su infelicidad no es tanta.
¡Que no conoce á su padre!
¿Pues acaso la hace falta?
¿No la quiero yo, hija mia,
como á un pedazo del alma?

LUISA. ¡Es muy cierto, señor Blas!
ni aun con mi sangre pagara
tanto bien como le debo.

BLAS. Hija, no me debes nada.

LUISA. Usted su amparo me dió
y como padre me trata:
por usted no ejecuté
un crímen que ahora me espanta:
por usted vive mi niña,
que es un conjunto de gracias,
y el bálsamo con que curo
de mi corazon las llagas.
¡Dice usted nada le debo!

BLAS. Y digo la verdad; ¡nada!
Yo perdí una tierna flor,
hermosa cual la mañana,
del jardin de mis amores
tierna y escogida planta.
¡Perdí una hija! huí del mundo
y me vine á la montaña,
sin que por eso mi pena
la soledad mitigara.
En esta hacienda vivia
sin familia, sin que nada
me ligase con el mundo;
y en mi vejez solitaria
no tuve un ser racional
que por mí se interesara.
Te encontré sobre la cima
de la sierra una mañana,
y estorbé que en el abismo,

infelice, te arrojaras:
me contaste que un infame
de esposo te dió palabra,
y abusó de tu candor
dejándote abandonada,
huérfana y sola en el mundo,
de frente con tu desgracia.
Que no querias volver
á la ciudad, pues estabas
por la falta cometida
confusa y avergonzada.
Yo te propuse que aqui
vivieras en mi compaña,
y que mi hija perdida
para siempre reemplazaras;
tú aceptaste, y aqui vives
y como á padre me amas;
aqui tu Laura nació,
que si apellido le falta
de su padre, tiene el mio,
que puede ser que mas valga.
Si yo te salvé la vida
y consolé tu desgracia
lejos del mundo engañoso
y toda su pompa vana,
tú consolaste al anciano
de su pena tan amarga,
y por tí tengo esa niña,
que es mi delicia! Me halaga
el tener una familia
que de mi vejez cansada
cuide con solicitud.
¡Con que ves que es cosa clara
que asi ganamos los dos
y que no me debes nada!

LUISA. Porque usted lo mira asi,
y la bondad de su alma
le hace pensar que su obra
no tiene gran importancia.
Pero cuando usted me halló
huérfana y desamparada,
engañada por el hombre

que amé, mi sola esperanza
era dejar de existir;
pues mis fuerzas no bastaban
para sufrir ante el mundo
la vergüenza de mi infamia!
Usted me detuvo al borde
del abismo en que me hallaba,
usted me inspiró la fé
con su caridad cristiana,
y en un porvenir tranquilo
llegué á tener esperanza!
En usted un nuevo padre
encontró esta desgraciada,
y por usted no murió
en mi propio seno Laura.
¡Y aun me dice usted, señor,
que yo no le debo nada!

BLAS. Mira, hablemos de otra cosa:
has de saber que me extraña
que el nombre del seductor
que tu vida emponzoñara
nunca hayas dicho.

LUISA. ¡Es verdad!
huérfana y sola en mi infancia,
por una pobre modista
con esmero fuí criada.
Un caballero muy rico
nuestro taller visitaba,
y todos le conocimos
por don Eugenio de Lara.
Pronto pude comprender
que el venir á nuestra casa
como parroquiano, era
un pretexto: una mañana
logró hablarme, y me juró
que con delirio me amaba;
¡hasta me ofreció su mano!
Yo le amé... por mi desgracia.
En esto mi bienhechora
de pronto á la tumba baja,
y sola me ví de nuevo
y en el mundo abandonada!

Él su apoyo me ofreció;
dí crédito á sus palabras;
él astuto, yo infeliz
á la par que enamorada...
al fin se ausentó de pronto,
despedazándome el alma
por consejo de un sobrino...
que Dios perdone...

BLAS. ¡Bien, basta!
no quiero que ahora te aflijas...
pero aqui se acerca Laura.

ESCENA III.

DICHOS y LAURA.

LAURA. ¡Ay, mamá!

LUISA. ¿Qué pasa?

LAURA. He visto
por el camino que baja
encrespado y tortuoso
de la vecina montaña,
un caballo desbocado
que veloz se despeñaba!
El caballo no me importa;
lo que me ha causado lástima
es el ginete, que está
sin movimiento y sin habla;
ha caido entre las peñas;
¡acuda usted sin tardanza,
señor Blas! ¡Acuda usted!
Yo voy á avisar que vayan
por médico y á ayudarle
los mozos de la labranza! (Váse.)

LUISA. ¡Jesus!

BLAS. ¡Ah! ¡voy al momento!
¡pobre señor!

LUISA. ¡Qué desgracia!

ESCENA IV.

LUISA.

Ese infeliz, ¿quién será?
Dios quiera que no haya muerto;
si tiene vida, por cierto
que aqui se le curará.
Blas tiene buen corazon
y procurará afanoso
su salud y su reposo
con cristiana compasion.
Yo todo lo dispondré;
la cama está prevenida,
la lumbre tengo encendida:
hilas... vendas...
(Registrando en un armario y poniéndolas en la mesa.)
buscaré...

ESCENA V.

LUISA, BLAS, á poco D. EUGENIO, desmayado, conducido por dos ALDEANOS y LAURA.

BLAS. (Dentro.) ¡Pasad! ¡pasad por aqui!
Luisa sin detencion
en aquella habitacion
arregla una cama.
LUISA. ¡Si!
(Entra por la puerta derecha: salen los aldeanos con D. Eugenio y Laura.)
LAURA. ¡Pobrecito! ¡cómo viene!
BLAS. Hilas y vendas; ¡muy bien!
(Tomando las que ha dejado Luisa en la mesa.)
Vino hace falta tambien.
LAURA. Voy por él. (Váse por la puerta izquierda.)
BLAS. ¿Adónde tiene
este infeliz las heridas? (Exáminándole.)
una es aqui, en la cabeza.
LAURA. (Sale.) Aqui hay vino.
BLAS. Con presteza

lavaremos... prevenidas
ten las hilas y las vendas.

LAURA. Aqui estan.

BLAS. Mas ya respira.

EUGENIO. ¡Ay de mí! (Fija la vista en Laura.)

LAURA. ¡Cómo me mira!

BLAS. ¡Es necesario que entiendas
que debes estar callada! (Curándole.)

LAURA. Corriente, ¡me callaré!

EUGENIO. ¿Callarte, niña? ¿y por qué?
¿De quién es esta morada?

LAURA. Es de Blas.

BLAS. ¡Ya está enterado!
Piense usted solo en curarse
y del daño repararse;
por lo demas ¡no hay cuidado!

LAURA. ¡Y es verdad!

BLAS. ¡Silencio, niña!

EUGENIO. No te calles, que tu acento
me consuela.

LAURA. Aunque lo siento,
callo, porque no me riña.

BLAS. Me parece que no son
las heridas de cuidado.

EUGENIO. (Mirando á Laura.) (¡Ay! ¡Su voz ha resonado
en mi triste corazon!)
¿Qué edad tienes?

LAURA. (Á Blas.) ¿Se lo digo?

BLAS. Despues; ahora á descansar,
que no le conviene hablar.

EUGENIO. Tú, niña, vendrás conmigo:
¿qué edad tienes?

LAURA. (Le dice por señas que doce años: Blas le hace gestos.)
¡Yo no hablo!

EUGENIO. ¡Doce años! ¡doce años! (1).

BLAS. ¡Oh!
(¡Al cabo se lo encajó!
¡esta chiquilla es el diablo!)

---

(1) Quince, si no es una niña.)

Está usted muy conmovido.

EUGENIO. Diga usted: ¿cómo se llama?

BLAS. Vamos adentro; la cama
espera; no dé al olvido
que la fiebre le devora,
y es suficiente razon
para que conversacion
no deba dársele ahora.
Luego, gozando del aura
asi que ya esté curado...

EUGENIO. Tu nombre te he preguntado. (Á Laura.)

LAURA. No lo digo á fé de Laura,
¡porque me van á reñir!

BLAS. (¡Y lo encajó! ¡No hay remedio!)
No habrá de curarle medio,
si no procura dormir.

EUGENIO. ¡Laura!

BLAS. (¡Pero es maravilla!
No la conoce y se afana...)
Descanse ahora, que mañana...
(¡Qué ángel tiene esta chiquilla!)

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Ya está la cama dispuesta.
¡Cielo santo! (Viendo á Eugenio.)

EUGENIO. ¡Ay! Esa voz...
¡Jesus! (Se desmaya al ver á Luisa.)

LAURA. ¡Pues se ha desmayado!

BLAS. Como en hablar se empeñó...
Vamos, vamos á llevarle
hasta aquella habitacion.

ESCENA VII.

LUISA y LAURA.

LAURA. ¿Te has puesto mala, mamá?

LUISA. ¿Yo mala? ¡No, Laura, no!

LAURA. ¡Estás pálida! ¿Qué tienes?

¡Ya sé! Te ha causado horror
el ver la sangre y heridas
del caballero: por Dios
que tambien á mí me ha dado
un desconsuelo... un temblor...

LUISA. (¡Pobre niña!) Si supieras...

LAURA. ¿Qué, mamá? ¡Tiembla tu voz!

LUISA. ¡No es nada! ¿Llamaste á Pedro?

LAURA. Por el médico partió
á la aldea. ¡Pobrecito
caballero! y qué impresion
le ha causado verme aqui!
apenas en sí volvió
queria que yo le hablara,
y con visible emocion
me ha preguntado mi edad
y cómo me llamo.

LUIEA. (¡Oh!
¡Es que la voz de la sangre
hablaba en su corazon!)

LAURA. Y el señor Blas no queria
que le contestara: yo,
que estaba compadecida
del pobrecito señor,
mi edad le dije por señas.

LUISA. (¿Por qué ha permitido Dios
que yo le haya vuelto á ver,
y de ese modo? ¡oh dolor!)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. FERNANDO y D. ANTONIO.

FERN. Es aqui donde han traido
hace poco á un caballero
que el caballo despeñó
desbocado en esos cerros?

LUISA. Aqui es.

FERN. ¿Y dónde está?

LUISA. En el próximo aposento
curado de sus heridas;
mientras que no llega el médico

que esperamos de la aldea,
vamos á ver si es que el sueño
puede calmarle la fiebre.

FERN. ¿Tan de cuidado?

ANTONIO. (¡Qué veo!
se parece esta mujer
á la costurera.)

LUISA. Pienso
que las heridas son graves.

FERN. ¿Y no pudieramos verlo?

LUISA. Esperadme un breve rato:
la razon traeré al momento.

ESCENA IX.

LAURA, FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO. (¿Reparaste á esa mujer?)

FERN. (Su semblante, con efecto,
no desconozco.)

ANTONIO. (Es sin duda
la costurera que há tiempo
tuvo amores con tu tio
en Teruel.)

FERN. (Qué dices?)

ANTONIO. (¡Cierto!)

FERN. Dime, niña: esa mujer
¿es parienta?

LAURA. ¡Ya lo creo!
¡Si es mi madre!

FERN. Y dí: ¿quién es
tu padre?

LAURA. Yo, caballero,
no he conocido mas padre
que un honrado y pobre viejo,
que segun pude saber,
libró á mi madre hace tiempo
de la desgracia.

FERN. ¿Es posible?

LAURA. Ella siempre sin consuelo
se queja de su destino;

mas cuando en mi padre pienso
me dice que no pregunte,
porque es voluntad del cielo
que á mi verdadero padre
no conozca en ningun tiempo.

FERN. Y dí: ¿de dónde es tu madre?

LAURA. De Teruel.

ANTONIO. (Vienen al suelo,
Fernando, tus esperanzas,
si tu tio, conociendo
á esa mujer, á la hija
reconoce.)

FERN. (¡Con efecto!)

ANTONIO. (Ya sabes que experimenta
continuos remordimientos
por haberla abandonado.)

FERN. (Forzoso es poner remedio.)

ANTONIO. (¡Ay de tí y tus acreedores
si revoca el testamento!)

LAURA. Mi madre llega.

FERN. Es verdad.

LUISA. (Saliendo.)
Ya pueden pasar á verlo.

FERN. Vamos allá. (Si hay peligro
de que aborten mis proyectos,
á todo trance es preciso
de esa niña deshacernos.)

ESCENA X.

LAURA.

El otro señor herido
me interesa; ¡pero estos!
¡Jesus, y qué caras tienen!
no deben de ser muy buenos.
¡Y qué curiosos que son!
¿Qué puede importarle á ellos
el saber quién es mi padre?
¡Y yo, necia, que al momento
les he dicho la verdad!

Mentir es pecado feo;
pero con estos curiosos
se peca poco mintiendo.

ESCENA XI.

LUISA y LAURA.

LUISA. (Apenas abrió los ojos
en mí la vista ha fijado
y otra vez se ha desmayado!
¡Dios, aplaca tus enojos
y consérvale la vida!)
LAURA. Madre mia, ¿estás llorando?
¿te has afectado mirando
del caballero la herida?
LUISA. ¡Eso es!
LAURA. Dí: ¿es peligrosa?
LUISA. Bastante; y por eso lloro
y de Dios piedad imploro.
LAURA. ¡Me aflige verte llorosa!
El señor se aliviará
y conservará su vida:
no llores, madre querida,
que pronto se curará.
LUISA. Hoy llorar es mi destino,
porque mi pena se agrava;
yo de todo me olvidaba
sin hallarle en mi camino!
LAURA. ¡Pues qué! ¿le conoces? ¡dí!
LUISA. ¡Hija no! (¡No sé qué digo!)
LAURA. Mamá, sé franca conmigo
y no te aflijas asi.
Yo nada del mundo sé;
mas cuando tengo un dolor
hallo un bien consolador
en decírtelo, ¡si á fé!
La pena que á tí te aflija
puede ser que halle consuelo,
y que se aplaque tu duelo
al contársela á tu hija!
LUISA. ¡Laura, si no puede ser!

Hay cosas que en realidad
una niña de tu edad
no debe nunca saber.

LAURA. Verdad que soy una niña
y pregunté demasiado;
perdóname mi cuidado.

LUISA. No temas que yo te riña
por tu cariñoso celo.
¡Hija del alma querida!
tú eres de mi triste vida
solo y único consuelo.

LAURA. Há poco tanta alegria
en la casa, y ahora veo
tanta pena... yo preveo
mucho mal en este dia!
Nada te preguntaré,
que es pecado ser curiosa;
pero al menos cariñosa
yo tu llanto enjugaré.
De tu pena en el exceso
para templar tus agravios,
tus lágrimas en mis labios
recogeré con un beso;
y si ni aun asi consigo
el dar á tus males pausa,
aunque no sepa la causa,
tambien lloraré contigo!

ESCENA XII.

DICHAS, D. ANTONIO.

ANTONIO. Tengo que hablarla, señora,
pero á solas.

LUISA. ¡Cómo! ¿Á mí?
¿tiene usted que hablarme?

ANTONIO. Si.

LUISA. Vete á tu aposento ahora,
que luego te buscaré.

LAURA. ¿Tú lo mandas? Me retiro.
(Cuanto mas á este hombre miro
menos me gusta.) Me iré.
Hasta luego, mamá mia;

yo voy á rogarle al cielo
porque se calme tu duelo.
(De este señor desconfia.)

ESCENA XIII.

LUISA y ANTONIO.

LUISA. Ya estamos solos.
ANTONIO. Señora,
usted ha visto há un momento
que al contemplarla el herido
y al encontrarla de nuevo,
se ha desmayado.
LUISA. Señor...
ANTONIO. No hay nada de extraño en eso;
conoció á usted como yo;
él sufre el remordimiento
natural, porque en un dia
en terrible desconsuelo
la dejó á usté abandonada
faltando á su juramento.
El estado en que se halla
es, señora, muy funesto,
muy mal está; por su vida
con harta razon tememos.
Su situacion es horrible
mientras que no venga el médico
que se ha mandado llamar
en el inmediato pueblo.
Es preciso que se evite,
señora, porque es expuesto
que á usted y á su niña vea,
hasta que cure; pues temo
que esas fuertes emociones
pongan su existencia en riesgo.
LUISA. ¡Está bien! yo no entraré,
yo procuraré no verlo,
hasta que el médico diga
que no hay peligro; comprendo
el daño que puede hacerle
el verme en tales momentos
en que teme por su vida,

instantes de desconsuelo
en que á los tristes mortales
asalta el remordimiento.
Pero la niña, él no sabe
que es su hija.

ANTONIO. Con efecto;
mas sabe que dejó á usted
en cinta; calcula el tiempo,
vé ese niña aqui á su lado,
y comprende desde luego!
Hasta que no se mejore,
conmoverle será expuesto.
Debe usted marchar de aqui
con su hija.

LUISA. ¡Lo comprendo!
Quiere usted que cuando cure
no pueda volver á verlo;
que él no conozca á su hija,
que todo lo juzgue un sueño
ó un delirio de la fiebre
que ahora turba su cerebro!
Viene usted con su sobrino;
el libertino perverso
á quien no le tiene cuenta
que su tio enmiende el yerro
que cometió... ¡no me marcho!
Aqui con mi hija me quedo;
no le veré, ni la triste
entrará en este aposento
hasta que no esté curado;
mas entonces, quiero verlo!

ANTONIO. (Será preciso impedir
de esta mujer los proyectos.)
¡Está muy bien!... yo confio
que aguarde usted por lo menos
á que se cure: si no,
horrible remordimiento
si llegara á perecer...

LUISA. Me guardaré de tenerlo.

ANTONIO. Vuelvo á su lado; el sobrino
no tiene interés en esto;
este paso... yo le doy

movido por el afecto
que como amigo estimado
al desdichado le tengo!

LUISA. Pues bien; por mí nada tema.

ANTONIO. ¡Señora, guárdela el cielo!

ESCENA XIV.

LUISA, á poco LAURA.

LUISA. ¡Oh! comprendo la maldad
que se encierra en su consejo!
que me marche... ¡no le dejo!
cuidarle en su enfermedad
es mi deber; el doctor
avisará cuando pueda
entrar á verlo; no queda
mas consuelo á mi dolor.

LAURA. (Á la puerta izquierda.)
Di, mamá: puedo salir?
¿se fué ya aquel caballero?

LUISA. ¡Ven, hija! Estrecharte quiero
en mi seno! (La abraza llorando.)

LAURA. ¡Tal sufrir,
ya, mamá, me desespera!
sin duda que ese señor
ha aumentado tu dolor.]
¡toma! ¡Como si lo viera!
¡Tiene un modo de mirar...
y sabe que es muy curioso!
Mas recobra tu reposo,
mama mia, ¿á qué llorar?

ESCENA XV.

DICHAS y BLAS.

BLAS. ¡Jesus! ¡Jesus, qué desgracia!

LUISA. ¿Qué ocurre?

LAURA. Si, ¿qué sucede?

BLAS. Ese hombre vivir no puede;
¡no sirve nuestra eficacia!

De él cuidan esos señores,
y yo voy por el doctor,
¡no se nos muera!

LAURA. ¡Ah!

LUISA. ¡Qué horror!

BLAS. ¡Son terribles sus dolores!
la fiebre es grande; delira;
llama á una mujer llorando
afligido y sollozando;
habla de muerte, ¡y suspira!
¡Por su terrible ansiedad,
debe estar en la agonia;
ruégale á Dios, hija mia,
que le otorgue su piedad!
¡Voy por el médico yo
por ver si aun á tiempo llega! (Váse.)

LAURA. (Aterrada.) ¡Madre!

LUISA. (Con voz solemne.) ¡Arrodíllate y ruega
al cielo por él!

LAURA. Mas...

LUISA. ¡Oh!...
¡En tan solemne momento
debes saber la razon,
porque ores de corazon
y Dios escuche tu acento!
¡Si! ¡De rodillas las dos! (Se arrodillan.)
¡Llora y reza con tu madre,
que el que allí muere es tu padre!

LAURA. ¡Jesus!

LUISA. ¡Tu padre!

LAURA. ¡Gran Dios!

(Quedan las dos con las manos cruzadas en actitud de orar.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, D. FERNANDO.

FERN. No me encuentro satisfecho,
pues tengo desconfianza
de que tan precisos planes,
como me afirmas nos salgan.
ANTONIO. No pueden fallar, Fernando;
ya sabes que hay doble causa,
para que doble interés
me tome yo en tu demanda.
FERN. Ya; por cobrar...
ANTONIO. ¡Ya ves tú!
gozoso te abrí mis arcas,
y ya casi, casi, estoy
arruinado; pues tú gastas
de tal modo, que ni el oro
de California bastara.
¡Confiabas en tu tio,
y yo tambien confiaba;
en verdad que me engañé
al tener tal confianza!
porque viejo y achacoso

al tio me figuraba,
y al verle... ¡qué desengaño!
¡adios, ilusion dorada!
Me encuentro que aun es muy jóven,
y que en galanteos anda
con esa pobre modista,
por quien ser padre aguardaba.
¡Ví mi dinero perdido!

FERN. Y sofocaciones tantas
me diste...

ANTONIO. Que conseguí
que aquel papel me firmaras,
obligándote á entregarme
de todo cuanto heredaras
la mitad.

FERN. Exactamente.

ANTONIO. Urdimos luego una trama,
y al bueno de don Eugenio
pudimos llevar á Francia,
sin que á su bella dijese
ni siquiera una palabra;
ella desapareció:
él tornó luego á buscarla
movido por su conciencia,
y nadie razon le daba
de la jóven. Doce años [1]
de esperanza en esperanza
llevamos los dos... tu tio
gozando salud y tanta,
que temo que tal herencia
no logres...

FERN. Y yo...

ANTONIO. ¡Mal haya
cuando te dí mi dinero!

FERN. Esa queja es infundada;
ea verdad que no he podido
durante fecha tan larga
pagarte; mas entre tanto,
yo te presenté en la casa

---

1 Quince.

de mi tio, como amigo,
víctima de la desgracia.
Mi tio se conmovió;
creyó la historia inventada,
y tendiéndote la mano
te hizo que te quedaras
á mi lado; de ese modo
vives, disfrutas, no gastas;
de suerte, que tu dinero
bien mirado...

ANTONIO. ¡Que te engañas!
me quieres dar á entender
que ya tengo reintegrada
la suma! ¡Qué necio eres!
¿Pues dí, Fernando, no gana
réditos un capital
que se amortiza?

FERN. ¡Si!

ANTONIO. ¡Vaya,
no te hagas ilusiones!
Lo cierto es, que el tiempo pasa,
y que yo vivo afanoso
buscando ardides y trazas
para asegurar tu suerte
á la par que mi ganancia.
Logramos que el testamento
á tu favor otorgara
tu tio hace dos años:
lo principal nos faltaba,
y era que muriese.

FERN. ¡Ah!

ANTONIO. Yo te indiqué...

FERN. (Con horror.) ¡Basta! ¡basta!

ANTONIO. Está bien; y tus escrúpulos,
que por quien soy que me espantan,
impidieron mis proyectos!
mas tú te escandalizabas...
clamabas en tono épico,
y blasfemias... amenazas...
no eras tan escrupuloso
cuando mi caudal gastabas!

FERN. ¡Ay, Antonio!

ANTONIO. ¡Bueno, al caso!
cuando en aquella mañana
se desbocó su caballo...
no sabemos por qué causa, (Con intencion.)
vimos que se despeñó
y abrigamos esperanzas;
mas héte que la fortuna
por acaso le depara
quien le recoja y le cure
y abrigo le dé en su casa,
y se encuentra con su amante
y con la niña... se agrava
por un derrame interior...
de cuyo derrame...

FERN. ¡Calla!
¡me horrorizas!

ANTONIO. Ó si no...
(Movimiento de horror de Fernando.)
¡debieras tener mas alma!
Con engaños, hasta el dia
impedimos que se hablaran.
Esto no puede durar;
pues cuando el enfermo salga
á esta habitacion, al cabo
se verán... y si se hablan...
¡Nada! ¡cortar por lo sano!
hija y madre sin tardanza
desaparezcan.

FERN. ¡Antonio!
Por medio del crímen...

ANTONIO. ¡Basta!
Es preciso: ¿no lo entiendes?
si con valor no te hallas,
déjame á mí: yo sabré...

FERN. ¡Mira que el crímen me espanta!
no busquemos de ese modo
lo que...

ANTONIO. ¡Que se acercan, calla!
¿Qué mas crímen que ser pobre
en esta bendita patria?
Es la modista.

FERN. Pues vete,

que quiero á solas hablarla.

ESCENA II.

FERNANDO y LUISA.

LUISA. ¡Señor! ¿Cómo está su tio?
FERN. Sigue bien.
LUISA. ¡Gracias á Dios!
FERN. Tenemos que hablar los dos.
LUISA. Pues ya le escucho. (¡Dios mio!)
FERN. El herido, hace tres dias
se puso malo, de suerte
que pensamos que la muerte
le dieran sus agonias.
En tal momento, imprudente,
en un impulso de madre,
dijo usted... «Ese es tu padre,»
á la niña...
LUISA. ¡Ciertamente!
Señor, en tal desconsuelo
anheló mi corazon
que fervorosa oracion
de mi hija llegase al cielo!
Porque rezara con fé
en un dolor tan profundo
por su padre moribundo,
el secreto revelé.
FERN. Y en ello hizo usted muy mal,
pues esa revelacion
ha de llegar ocasion
en que la será fatal.
LUISA. ¿Fatal, señor? ¡No comprendo!
FERN. Se lo explicaré, señora:
mi tio se encuentra ahora
por su dolencia sufriendo.
La intencion de usted se alcanza;
pretende que la conozca,
y de que la reconozca
por hija tiene esperanza.
Mas lazos hay en la vida
que manda la sociedad

romper... tal vez con crueldad:
ley fatal, pero sabida.
Es rico y noble mi tio,
y no puede descender
hasta usted; no puede ser,
y esperarlo es desvario.
Si herido la conoció,
hace muy pocos momentos
que con débiles acentos
de esta manera me habló:
«Fernando, dile á Luisa
»que asi lo quiere el destino,
»que huya, pues, de mi camino,
»porque á huirme la precisa
»la mia y su condicion;
»que cuando salga de aqui
»no la halle...»

LUISA. ¿Cómo?

FERN. Si.
«Que en prueba de proteccion
»que yo le ofrezco á su hija,
»porque viva con decoro,
»por ahora admita este oro,
(Dándola un bolsillo.)
»y que por mí no se aflija.»

LUISA. ¿Eso ha dicho?

FERN. Si, señora.

LUISA. ¡Mentira!

FERN. ¿Cómo?

LUISA. ¡Mentira!
¡Usted solo es el que aspira
á alejarme de aqui ahora!
Ya comprendo el plan artero
por usted solo fraguado,
y esta tramoya ha inventado
por ser único heredero!
¡Mas no piense usted que huya!
¡reparacion pediré,
y que sepa lograré
que mi hija es sangre suya!
¡Y pensó usted torpe y necio
sobornarme con su oro!

¡Aspiro á mayor tesoro,
y á usted y al oro desprecio!
(Arrojando el bolsillo.)

FERN. ¡Calle usted, señora!

LUISA. ¡Oh!

FERN. Que su mal es violento:
oyéndola en tal momento
usted va á matarle.

LUISA. (Bajando la voz.) ¡No!
¡Yo callaré resignada!
¡no me oirá, no! ¡yo lo fio!
¡Salva su vida, Dios mio,
por mi hija desgraciada!
¡Me escucha usted, don Fernando,
con zozobra, hasta con miedo!
¡Tiene usted razon! ¡Me quedo
una ocasion esperando!
¡Yo nada le pediré
para mí, que nada quiero;
mas su proceder artero
en su noticia pondré!

FERN. ¡Y aun me osa amenazar!
¿No sabe usted, desgraciada,
que yo impediré que osada
pueda al herido llegar?

LUISA. Desde aqui le velaré,
por mas que usted esté alerta;
él saldrá por esa puerta
algun dia y le hablaré.
Él tal vez su culpa llora;
quizás está arrepentido
de su abandono y olvido.

FERN. ¡Mucho se engaña, señora!

ESCENA III.

DICHOS y el MÉDICO.

MÉDICO. Buenos dias.

FERN. Venga usté.
Como tanto se ha tardado,
el enfermo se ha agravado.

MÉDICO. Voy á verle.

LUISA. Señor...
MÉDICO. ¿Qué?
FERN. ¡Señora, que es muy urgente
que al punto al enfermo vea!
LUISA. Comprendo lo que desea.
MÉDICO. Bien. Saldré inmediatamente.

ESCENA IV.

LUISA y BLAS.

LUISA. ¡No me abandones, buen Dios!
BLAS. Hija mia, ¿qué te pasa?
LUISA. Que ese inícuo está empeñado
en aumentar mi desgracia
impidiendo que le hable.
BLAS. Y ese empeño... ¡por qué causa!
LUISA. Es el único pariente
que tiene...
BLAS. ¡Comprendo; basta!
LUISA. En heredar sus riquezas
funda toda su esperanza,
y teme que á su hija vea...
BLAS. ¡Entiendo toda la trama!
Pero te juro, hija mia,
que no ha de salir de casa
sin que tú le hables!
LUISA. ¡Señor!
BLAS. ¡No faltaba mas! ¡Pues vaya!
¡Y antes, he de hablarle yo!
¡que si la excusa que fraguan
es la emocion que pudieran
motivarle tus palabras,
yo no puedo impresionarle
y he de entrar en esa sala!
¡Estamos bien! ¿Los extraños
quieren mandar en mi casa?
¡No señor! Yo le diré...
«Esa niña delicada,
»que es la flor de este verjel
»y orgullo de la comarca,
»tiene vuestra sangre; yo
»se lo afirmo!... Esa muchacha

»ha quedado con su madre
»por usted abandonada!
»No quiero que la recoja
»de ningun modo, ¡no! ¡vaya!
»¡Solo quiero que lo sepa,
»porque aqui... nada le falta,
»y si me quita esa niña
»con ella me quita el alma!»

LUISA. ¡Es usted muy bueno!

BLAS. ¡No!
¡Egoista, vaya en gracia!
¡Esa niña es mi delicia,
mi alegria, mi compaña!
Mas su padre es un truhan
sin corazon... ¡Buena alhaja!
Tal vez hácia el buen camino
pueda conducirle Laura;
es obra de caridad
y que juzgo muy cristiana,
darle al mortal condenado
á quien ya Satan reclama,
un ángel de salvacion
que purifique su alma!

ESCENA V.

DICHOS, LAURA.

LAURA. ¡Dame un beso, mamá mia!
¿cómo esta mi padre?

LUISA. Mal
segun dicen.

LAURA. ¡Es fatal
esta situacion impia!

LUISA. Muy tarde te has levantado.

LAURA. ¡Aunque sin verle ni hablarle
y sin poder consolarle,
aqui á mi padre he velado!

BLAS. ¿Cómo?

LUISA. ¿Tú?

LAURA. No me riña...
Anoche á acostarme fuí

cuando me mandaste.

LUISA. Si.

LAURA. Luego vine...

LUISA. ¿Cómo?

BLAS. Niña...

LAURA. Despues sola en mi aposento
afligido el corazon
y abrumada de afliccion,
sobre la cama me siento.
Por mi padre á Dios pedia:
me vestí: pasé á esta sala:
la puerta esa gente mala
muy bien cerrada tenia.
En ella puesto el oido
toda la noche he pasado,
y de mi padre he escuchado
el mas pequeño quejido!
¡Latia mi corazon
al llegar á mí su acento;
un profundo sentimiento
embargaba mi razon;
que aunque tengo pocos años,
hallé un padre de repente,
y atormentaban mi mente
pensamientos muy extraños!
¡El frio me puso yerta;
con todo, no me arredraba!
de mi padre me apartaba
únicamente esa puerta!
Que aunque mortal afliccion
su abandono nos causara,
¿cómo una hija repara?...
¡Contra un padre, no hay razon!
¡Asi me lo has enseñado
aun sin contarme mi historia,
y tu acento en mi memoria
eternamente ha quedado!
¡Debe amarle con anhelo
la hija tierna y obediente;
que sus faltas, solamente
puede juzgarlas el cielo!

LUISA. ¡Hija del alma!

BLAS. ¡Hay tal cosa!
¡Mi ternura me da enojos!
¡las lágrimas á los ojos
me ha sacado esta mocosa!
¡No hay remedio! ¡Voy á entrar!
¡yo hallaré medio de hablarle;
cuando hija tal voy á darle,
ya no debo vacilar!

LAURA. ¿Va usté á entrar?

BLAS. ¡Pues no, que no!

LUISA. ¡Con prudencia, señor Blas!

BLAS. ¡Eh! ¡tonta! ¡te callarás?
Como si ignorase yo...

ESCENA VI.

DICHOS, ANTONIO y el MÉDICO.

MÉDICO. Atrás, porque yo prohibo
que entre nadie á ese aposento!

BLAS. Yo quiero al herido ver.

MÉDICO. Ahora, ¡imposible es verlo!
¡Pendiente se halla su vida
del absoluto sosiego;
si imprudente alguno osare
contravenir mis preceptos,
de la desgracia que ocurra
será responsable al cielo!

LUISA. ¡Ah!

LAURA. ¡Dios mio!

BLAS. (¿Si estará
comprado el doctor?)

ANTONIO. Yo os ruego
por la vida de mi amigo
que espereis.

MÉDICO. En poco tiempo
se curará con reposo,
y entonces verle sin riesgo
se podrá, mas entre tanto
que no dé mi asentimiento,
¡lo repito! de su muerte,
¡os haré cargo severo!

Luisa. Señor, de tanto peligro...
Médico. Señora, salvarle creo;
mas el golpe en la cabeza
es peligroso en extremo,
y solo puede curarle
la quietud; tranquilo sueño;
la mas ligera impresion,
la mataria.
Luisa. Prometo,
señor doctor, resignarme.
Médico. ¡Solo por su bien lo espero!

ESCENA VII.

LUISA, LAURA y BLAS.

Luisa. ¿Lloras, hija?
Laura. ¿Cómo no?
Yo que tan feliz vivia,
siento mortal agonia;
angustia terrible.
Blas. ¡Oh!
hija, ¡sosiégate! ¡el cielo
le dará salud y vida!
Luisa. ¡Hija mia! ¡hija querida!
¡pronto vino el desconsuelo
tu juventud á amargar!
¡mi yerro fatal expio!
Laura. Hallando asi al padre mio
¿cómo no le he de llorar?
¡Mas aunque tanta afliccion
me causa agudo tormento,
un grato presentimiento
abriga mi corazon!
Dos hombres aqui han venido
con mi padre.
Luisa. Si.
Blas. ¡Es verdad!
Laura. ¡Esos con fiera maldad
alguna trama han urdido!
Tal vez un plan combinado
con el médico... ¿quién sabe?

espero no esté tan grave
como nos han ponderado!

LUISA. Tú sospechas...

LAURA. ¡Lo sospecho!
¡Eso consuela mi afan!
presumo que existe un plan
y lo presiente mi pecho,
formado por esos dos!
mi padre se curará;
con nosotros hablará
si me da su ayuda Dios!

BLAS. ¿Qué proyectas?

LAURA. ¡Aun no sé!
Pero yo encontraré modo
para descubrirlo todo.

BLAS. Mas...

LAURA. ¡Tengo esperanza y fé!

LUISA. No des un paso imprudente...

LAURA. ¡Descuida, madre querida;
me importa mucho la vida
del que allí se halla doliente!
Por si acaso Dios me inspira,
que siempre ayuda á los buenos,
déjame sola á lo menos
un instante, ¡que él me mira!

LUISA. Pero quieres...

BLAS. ¡Y hace bien!...
mientras ella pide á Dios
que la inspire, allí los dos
le rogaremos tambien!

ESCENA VIII.

LAURA.

(De rodillas.) Dios infinito,
¡creador del mundo!
mi mal profundo,
mi angustia ves!
¡Ves el tormento
de triste madre!
salva á mi padre!

¡Sálvalo pues!
De hábito negro
toda mi vida
iré vestida,
Dios de piedad!
La vida salva
de mi buen padre;
dále á mi madre
felicidad!
¡Virgen Maria!
¡reina del cielo!
¡calma el anhelo
del corazon!
¡Ruega á tu hijo
me dé una idea!
¡mi escudo sea
tu bendicion!

(Queda pensativa con el rostro entre las manos: Antonio y dos hombres salen silencio sos por el foro y la sorprenden; al ir á gritar la tapan la boca con un pañuelo y los dos hombres se la llevan. Antonio queda solo en la escena.)

ESCENA IX.

ANTONIO, despues FERNANDO.

ANTONIO. ¡Favorable la ocasion
se presentó por mi vida!
ahora haremos que la madre
busque sin tregua á su hija!
Los hombres que se la llevan
ya con instrucciones mias,
la guardarán de manera
que encontrarla no consiga.
El golpe está bien pensado;
llamaremos en seguida
á Fernando, porque obre
de hoy mas como yo le diga.

(Llega á la puerta derecha, hace señas y sale Fernando.)

FERN. ¿Qué ocurre?

ANTONIO. Todo va bien:
desapareció la niña.
FERN. ¿Pero cómo?... (Asustado.)
ANTONIO. Nada temas;
aqui dos hombres traia
prevenidos de antemano;
la hallamos muy distraida;
creo que oraba; la tapamos
la boca, y la pobre chica
por ellos arrebatada
va hácia la tierra vecina.
FERN. Pero ¿qué piensas hacer?
ANTONIO. Quiero solo que le digas
á la madre, que la matan
como en ver al padre insista;
la dirás, cuando llorosa
y angustiada te la pida,
que se encuentra en una casa
en esa próxima villa.
Ella irá á buscarla; entonces
sacamos á toda prisa
á tu tio, que se encuentra
casi bueno de la herida.
El doctor, por mí engañado,
hizo una farsa inaudita.
FERN. Pero ese Blas...
ANTONIO. Él tambien
irá en busca de la niña,
pues la quiere casi tanto
como si fuese su hija!
FERN. Mas el empeño del tio
de querer ver á Luisa...
ANTONIO. Ese ya lo extinguiremos;
le haremos ver que ella habita
con ese hombre, que aunque viejo...
los viejos, tambien excitan
celos y desconfianza!
la trama está bien urdida,
y solo falta que tú
me ayudes.
FERN. Mas si imaginas
algun crímen...

ANTONIO. No he pensado
en el crímen, no te aflijas.
Asi que estemos ya todos
muy lejos de aqui, en seguida
un avisó mandaré
á esos hombres, y á la niña
la pondrán donde se venga
hasta su casa ella misma.
Pero sale aqui la madre;
con ella te dejo.

FERN. Mira...

ANTONIO. Dile que se la han llevado
hácia la próxima villa,
y que tu tio se muere
y ella le mata si grita.

ESCENA X.

LUISA y FERNANDO.

LUISA. ¿Usté aqui?... ¿Mas dónde está
mi hija?

FERN. ¡La buscas en vano!
Unos hombres que han venido
á tu hija se llevaron.

LUISA. ¡Mentira! ¡Laura! (Gritando.)

FERN. ¡Ven, calla!
en ese vecino cuarto
está su padre infeliz
ahora quizás espirando,
y si tus gritos escucha
acabarás de matarlo.

LUISA. ¡Que se muera! ¿Qué me importa
si mi hija me han robado?

FERN. La perderás para siempre,
porque si logras gritando
que mi tio conmovido
muera de dolor, la mato!

LUISA. ¡Jesus! ¡infame, cruel! (Reconcentrado.)
¡dámela ó te despedazo!
¡Ya no grito! ¡Mas leona
á quien vil has provocado,

sabré si no me la vuelves
hacerte trizas!... ¡Villano!

FERN. Aunque terrible amazona
hoy tu vengativo brazo
fin pusiera á mi existencia,
¿qué lograbas? Por acaso
despues que me hubieras muerto
te diera tu hija?

LUISA. ¡Dios santo!
¡Dios justo! ¡dame valor!
¡Véame usté á sus piés llorando;
devuélvame usté á mi hija!
¡por lo que hay de mas sagrado
en el mundo se lo ruego!
¡Apiádese de mi llanto!
¡Si no quiere que jamás
vea á su padre, sin descanso
yo con ella partiré
á paises muy lejanos!
¡No lo verá! Yo tampoco
quiero verle... ¡Por Dios santo!
¡Devuélvame usté á mi hija!

FERN. (¡Oh! ¡qué idea!) Sin reparo
te diré dónde se halla;
pero antes, por tu mano,
escribirás lo que dicte...

LUISA. ¡Aqui hay tintero, á dictarlo!

FERN. (Dictando.) «Juro en el nombre del cielo;
solemnemente declaro
que mi hija Laura no es...

LUISA. (¡Qué situacion! ¡Yo me abraso!)

FERN. Hija de Eugenio de Lara.»

LUISA. ¡Infame! Y yo por mi mano...

FERN. ¡Vamos! ¿Lo firmas?

LUISA. ¡Jamás!

FERN. ¡Inútil será tu llanto!
¡nunca hallarás á tu hija!

LUISA. ¡Es imposible! ¡Malvado!
¿No habrá justicia en la tierra?
Al pueblo mas inmediato
correré; en los tribunales
referiré el atentado.

FERN. ¡Si á salir llegas de aqui
sin firmar eso, la mato!
LUISA. ¡Miserable!
FERN. ¡Morirá!
Yo despues sufriré el fallo
de los jueces; no hay testigos
ni pruebas.
LUISA. ¡Dios soberano!
FERN. ¡Tengo en mis manos su vida!
LUISA. (¡La matarán los malvados!
¡Si pudiera ganar tiempo!...)
Si eso firmo...
FERN. De contado
te digo dónde se halla.
LUISA. Voy á firmar. ¡Oh quebranto!
¡pobre hija mia! (Firmando.)
FERN. (Ya firma.
El golpe está asegurado.)
Dáme.
LUISA. ¿Dónde está mi hija?
FERN. En ese pueblo inmediato.
(Escribe una contraseña que da á Luisa.)
llevarás este papel
á la posada: en entrando
preguntarás por Gaspar
Antunez, que ese es el amo;
le entregas la contraseña,
y verás que sin reparo
te devolverán tu hija.
LUISA. Si me engaña...
FERN. No te engaño.
(Aléjate, que á mi tio
me lo llevaré entre tanto.)

ESCENA XI.

LUISA, en seguida BLAS.

LUISA. ¡Oh! ¡Maldicion sobre tí!
¡Justicia, Dios infinito!
Yo desmentiré ese escrito...
¿Pero qué aguardo ya aqui?

BLAS. ¿Qué tienes, Luisa, que estás
convulsa y desencajada?
¿Qué te pasa? Dí, qué...

LUISA. ¡Nada!
¡Blas, adios!

BLAS. ¿Adónde vas?

LUISA. Por mi hija.

BLAS. ¿Laura?...

LUISA. ¡Si!

BLAS. Aqui quedó y ya no está;
¿mas dónde fué?

LUISA. ¿Dónde?... ¡Ah!
¡Me la han robado de aqui!

BLAS. ¡Robada! ¡Dios poderoso!
¡mi hija! ¡mi bien! ¡mi alegria!

LUISA. ¡En tan terrible agonia
ya lamentarse es ocioso!
¡Sígame!

BLAS. ¡Buenos estamos!

LUISA. Sé dónde está. ¡En el momento,
aun mas veloces que el viento,
vamos á buscarla!

BLAS. ¡Vamos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Otra habitacion de la misma casa: puerta á la derecha: otra á la izquierda: ventana al foro: un armario al fondo, á la izquierda de la ventana: al lado del armario, entre este y la pared, una escopeta: mesa con recado de escribir: muebles rústicos.

ESCENA PRIMERA.

D. EUGENIO y D. FERNANDO.

EUGENIO. He dicho que yo no parto
sin verla.
FERN. Pero, señor,
el dia que llegó usté herido,
al verlo, se sorprendió,
y entre ella y ese anciano
dueño de esta habitacion,
no sé lo que pasaria;
hablaron con tal calor...
me pareció que eran celos...
EUGENIO. ¡Celos! ¿Qué dices? ¡Por Dios
que calumnias á Luisa!
Conozco su corazon,
y si cometió una falta
la culpa la tuve yo,

que vilmente la engañé!
que la abandoné... ¡oh dolor!
¡y presiento que esa niña
que ante mí se presentó,
es mi hija!

FERN. No quisiera
aumentarle su dolor;
mas me importa que usted sepa
á qué atenerse.

EUGENIO. ¡No, no!
ya desconfio de tí.

FERN. Usté ha tenido ocasion
de conocer de Luisa
la letra, ¿no es cierto?

EUGENIO. ¡Oh,
ya lo creo!

FERN. Si recuerda
su forma...

EUGENIO. ¿Por qué razon
me haces esa pregunta?

FERN. Porque de aqui se marchó
con la niña en aquel dia,
y me dijo: «Si es que Dios
»salva la vida del hombre
»que está en esa habitacion,
»dígale no existe nada
»de comun entre los dos.
»Si quiere ver á mi hija,
»pues segun me notició
»el viejo Blas, ha llamado
»por acaso su atencion,
»déle este papel que firmo;»
y este papel me entregó.

EUGENIO. ¡Su letra! ¡Su firma, si!
¡terrible revelacion!
¡No es mi hija! ¡Esa mujer
sin duda se pervirtió,
y tal vez yo fuí la causa!
¡Cuál sufre mi corazon!
¡Yo que soñé en mi delirio
con el fruto de mi amor!
¡Es cierto! ya no es posible

que yo quiera verla... ¡oh!
¡Bien dijo, que nada existe
de comun entre los dos!
¡Está bien, partamos pronto!

FERN. Aun el coche no llegó,
pero no debe tardar:
mi amigo por él partió,
y es fuerza salir de aqui
que lo aconseja el doctor.

EUGENIO. ¡Marchar, dejándome herido!

FERN. Como que solos los dos
hemos estado en la casa.

EUGENIO. ¡Al verme en tal situacion
dejarme sin darme auxilio!
¡Justo castigo de Dios!
¡Yo la dejé abandonada,
sola con su deshonor!

FERN. Deseche usté esas ideas;
mujer de su condicion,
puso en juego su talento
para con fingido amor
fascinarle, con el fin
de cambiar de posicion;
porque de fijo, sus frases
el interés las guió,
¡mintiendo amor y ternura
por la mezquina ambicion!

EUGENIO. Si, si! Tal vez el destino
de ese modo permitió
que yo no fuese juguete
de esa mujer; ¡déla Dios
toda la felicidad
que de menos tengo yo!
Ella al fin, tiene una hija
que mitigue su dolor;
tan apuesta, tan graciosa!
Su rostro aqui se grabó
en mi mente; sus palabras
me hirieron el corazon!
Y yo necio que pensé...
marchemos pronto...

FERN. Señor,

ya me inquieta la tardanza
de Antonio; si no encontró
acaso coche...

EUGENIO. En caballos
partiremos.

FERN. Voy veloz
á buscarlos. (Si, no vuelvan,
porque todo se perdió
como él hable con Luisa.)

EUGENIO. Anda, Fernando, por Dios;
no quiero estar mas aqui.

FERN. Voy al punto. (Algo ocurrió
á Antonio que tanto tarda;
¡me mata su detencion!)

ESCENA II.

EUGENIO.

Fernando dice muy bien;
él solo mira por mí:
recojamos los efectos
que allí tengo, con el fin
de salir en cuanto avise
para que huyamos de aqui.
Herido viene á esta casa
donde hallé consuelos mil;
pero si el cuerpo ha sanado,
al alma siento sufrir
un tormento inexplicable!
¿Por qué tan inícuo fuí?
Por consejo de Fernando
la dejé... marché á Paris...
Mas entonces, ella estaba
en cinta... ¡ay, infeliz!
Si esa niña no es mi hija,
si yo vida no la dí,
¿qué ha sido del triste fruto
de nuestro amor? Vienen, si!

ESCENA III.

DICHO, FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO. Ya espera el coche, señor,
y á fé que costó encontrarlo.
FERN. Partamos en el momento.
EUGENIO. ¡Ya no partimos, Fernando!
ANTONIO. ¿Cómo?
FERN. ¿Qué dice?
EUGENIO. ¡Que no!
¡Con tristes dudas batallo
que es forzoso las aclare,
y no partiré entre tanto!
FERN. Mas el doctor lo mandó.
EUGENIO. Agradezco su cuidado;
¡pero tiene tal empeño
en hacer ver que estoy malo
cuando ya me encuentro bien,
que es intempestivo acaso!
Yo necesito esperar
á que aqui tornen los amos
de la casa, y aun pagar
con largueza...
FERN. ¡Pues es claro!
¡le dejaremos dinero!
EUGENIO. ¡No fuera digno ni honrado
pagar su hospitalidad
partiendo sin esperarlos!
necesito darles gracias
por haberme aqui amparado.
ANTONIO. (¡Si vuelven se pierde todo!)
FERN. (Si pudiéramos acaso
ganar tiempo...)
ANTONIO. (Impediré
que aqui vuelvan; entre tanto,
mira tú si le conoces.)
(¿Por qué mi hacienda he prestado
á este hombre, cuya herencia
cuesta tales sobresaltos?

ESCENA IV.

EUGENIO y FERNANDO.

FERN. Miro ya comprometida
la salud que tanto aprecio.
EUGENIO. Por un escrúpulo necio,
no emprendo asi la partida!
Cuando de España marché
por tus malditos consejos
y á olvidar fuí desde lejos
á la que triste dejé,
fuí mal hombre! fuí mal padre!
debí pensar que dejaba
un ser que se sustentaba
en el seno de su madre!
¡Con harta razon me aflijo!
no es mi hija Laura: cruel
lo dice en este papel.
¿Entonces, qué es de mi hijo?
¡Desgarrando está mi pecho
la incertidumbre fatal,
y de esta duda mortal
quiero quedar satisfecho!
FERN. (¡Somos perdidos!) Señor,
casi he sabido de cierto...
EUGENIO. ¿Qué?
FERN. Que al mundo vino muerto
aquel fruto de su amor.
EUGENIO. ¡Oh! ¡muerto! ¡fatal estrella!
de todos modos, espero!
de fijo saberlo quiero!
debe decírmelo ella!
FERN. Si resuelve usté esperar
á que venga será en vano,
que no la deja el anciano:
la pudiéramos buscar.
EUGENIO. Es verdad; la buscaré,
aunque la esconda la tierra.
FERN. Al lugar donde la encierra,
yo, señor, le llevaré;

que por un acaso yo
he podido averiguar
dónde la esconde.

EUGENIO. Marchar
debemos al punto.

FERN. (¡Oh!
logré sacarle de aqui,
que ya buscaremos modo!...)

EUGENIO. Anda pues; disponlo todo,
y ven á avisarme.

FERN. ¡Si!

ESCENA V.

EUGENIO, despues LAURA, por la ventana.

EUGENIO. ¡Con afan la buscaré,
pues saber al punto debo
qué ha sido del triste ser
que tuvo vida en su seno!

LAURA. ¡Está la puerta guardada;
por la ventana me entro!

EUGENIO. ¿Quién va?

LAURA. Señor...

EUGENIO. ¿Tú aqui?

LAURA. Yo soy: Laura, y aqui vengo
escapada de las garras
de unos viles traicioneros
que tapándome la boca
me robaron.

EUGENIO. ¿Cómo? ¡Cielos!
explica...

LAURA. ¡Me explicaré
sin andarme con rodeos;
se acompaña usted, señor,
de dos hombres muy perversos,
que á que yo y mi pobre madre
le hablaramos, se han opuesto!

EUGENIO. ¿Qué dices?

LAURA. Con el doctor
estaban los dos de acuerdo;
¡y qué bien lo presumia!

que se estaba usted muriendo
dijeron esta mañana,
y ahora por lo que veo
felizmente usted disfruta
de mas salud que no ellos!
Porque si del cuerpo no,
del alma estan muy enfermos!

EUGENIO. ¿Tu madre no se marchó,
el dia que me trajeron,
con el anciano?

LAURA. ¿Marchar?
¡En el próximo aposento
á Dios por usted rogando
nos hemos pasado el tiempo,
deseando una ocasion
favorable para verlo!
Pero como con usted
han venido fariseos
que no nos dejaron...

EUGENIO. ¡Si,
la trama voy comprendiendo!

LAURA. Allí me quedé solita
esta mañana, y vinieron
unos hombres; me taparon
la boca con un pañuelo,
y cogiéndome en sus brazos
hácia la sierra partieron
impidiéndome gritar;
marcharon un grande trecho,
y ya en el bosque cansados
me dejaron en el suelo;
segun sus frases, señor,
eran unos bandoleros
que juraban no entregarme
si el rescate no era bueno!

EUGENIO. ¡Infames!

LAURA. Ya de la boca
me quitaron el pañuelo;
quisieron echar un trago
allí á la sombra; uno de ellos
tenia una bota de vino
y sacó un poco de queso,

y entre votos y blasfemias
con gran descanso comieron.
Comprendí mi situacion;
procuré fingir sosiego
y que no los comprendia;
pedí de comer; me dieron:
de la bota que llevaban,
fingí beber; pero ellos
movidos por mis instancias
apuraron con exceso;
fingí dormirme despues;
ellos, de veras durmieron.
Al cielo pedí su amparo,
y amparo me ha dado el cielo!
pues me escapé, y he corrido
porque Dios me dió su aliento,
hasta llegar á esta casa:
un coche he visto dispuesto,
y á la puerta ví unos hombres
que por dicha no me vieron!
Di la vuelta; la ventana
estaba abierta, y adentro!
¡Gracias á Dios, que consigo
que podamos entendernos!

EUGENIO. ¿Entendernos? Pero di...

LAURA. Mas antes la puerta cierro
y la ventana, no vengan
á estorbar y á sorprendernos. (Cierra.)

EUGENIO. ¿Quién es tu padre?

LAURA. ¡Señor,
(Despacio y sentido.)
no lo he conocido!

EUGENIO. ¡Cielos!

LAURA. Si es padre el que ser nos da
y no vuelve mas á vernos,
y se olvida que existimos
sin guardarnos un recuerdo,
entonces... ¡pobre de mí!
yo no sé si padre tengo!

EUGENIO. ¡Dios mio!

LAURA. Si padre es
el que vela nuestro sueño,

el que goza en contemplarnos,
que nos cubre con sus besos
y del camino espinoso
de la vida que corremos
nos abre con buenas obras
y con saludable ejemplo
la senda que nos conduce
á la dicha, sí le tengo!
Tengo ese padre, señor,
en un extraño, en un viejo
que se desvive por mí:
me calienta con su aliento
cuando la nieve nos cubre
con sus copos el invierno;
él goza en mis travesuras,
él me regaña con ceño
al corregirme mis faltas,
y vuelve á muy poco tiempo
conmovido, á contentarme
con un cariñoso beso!
¡Si esto es un padre, señor,
un padre me ha dado el cielo!

EUGENIO. ¡Explícate! tus palabras
á la verdad no comprendo.
No juzgues de las acciones,
porque el destino .. el infierno
á veces... dime, hija mia,
¿tu madre nunca te ha hecho
comprender quién es tu padre?

LAURA. Hace ya bastante tiempo
que la pregunté curiosa,
y con dolorido acento
me contestó: «No preguntes
»por tu padre, porque ha muerto!»
Al ver dos líquidas perlas
correr por su rostro bello,
al contemplar su dolor,
yo comprendí el sentimiento
que mis frases la causaron,
y siempre guardé silencio
sobre este punto; nó quise...
mas hace muy poco tiempo

que un hombre herido yacia
postrado en humilde lecho;
mi madre y yo, consternadas
en el próximo aposento,
con solícito cuidado
quisimos entrar á verlo,
mas que estaba en la agonia
unos hombres nos dijeron.
Mi madre entonces llorando
á mi dirigió su acento:
«¡Hija mia, de rodillas
»eleva ferviente ruego
»al Creador omnipotente!
»Y porque llegue hasta el cielo
»tu plegaria, salir debe
»de lo íntimo de tu pecho:
»llora y reza... ¡que es tu padre
»quien muere en ese aposento!»
Lloré y recé con afan,
y vivo, señor, os veo.

EUGENIO. ¡Hija del alma! ¡Tú eres
mi hija! ¡Lo estan diciendo,
á mas de tus tiernas frases,
los latidos de mi pecho!
¡Ven á mis brazos!

LAURA. (Abrazándole.) ¡Oh, padre! (Pausa.)

EUGENIO. ¡Tu cariño no merezco!
pero yo sabré enmendar
en adelante mi yerro.

LAURA. Miro en usted solamente
al que me dió el ser que tengo;
la sangre que hay en sus venas
circulando está en mi pecho,
y al hijo le toca solo
guardar al padre respeto!

EUGENIO. Pero si el padre fué malo...

LAURA. ¡Que lo juzgue el Juez supremo!

EUGENIO. ¡Pero no podrás amarme!

LAURA. ¡Es mi deber!

EUGENIO. ¡Justo cielo!

LAURA. Mi madre, que me enseñó
á rezar, al mismo tiempo

me enseñó la obligacion
que cual hija...

EUGENIO. ¡Lo comprendo!
¡Tanta virtud me avergüenza!
me mata el remordimiento!
fuí un vil, un miserable!
¡Ser tu padre no merezco!
(¡Mas este papel, Dios mio!
¡será falso!... Lo sospecho.
¡Mi hija le estorba al malvado!
y su infame compañero...)
Dí, la letra de tu madre
tú la conoces, ¿no es cierto?

LAURA. ¡Vaya una pregunta!

EUGENIO. ¿Si?

LAURA. ¡Conocerla, ya lo creo!
¡Si de leer y escribir
ella ha sido mi maestro!

EUGENIO. ¿Lees y escribes?

LAURA. Si, señor.
¡Digo! ¡Y hace poco tiempo!

EUGENIO. ¿Esta letra es de tu madre?

LAURA. Si, señor. (Viendo el papel.)

EUGENIO. Si algun perverso
la ha fingido...

LAURA. ¡No, es de ella! (Leyendo.)
¿mas qué estoy mirando? ¡Cielo!

EUGENIO. Si es verdad eso que dice...

LAURA. ¡No es verdad!

EUGENIO. ¿Cómo?

LAURA. No entiendo
por qué ha escrito... pero aqui
se encubre un grave misterio;
en un momento solemne,
creyéndole casi muerto,
con lágrimas en los ojos
y con la angustia en el pecho,
puesta de hinojos, me dijo
mi madre con triste acento:
«llora y reza, que es tu padre
quien muere en ese aposento.»
Y el que siente con el alma,

no puede sentir mintiendo.
EUGENIO. ¡Tienes razon, hija mia!
¡tú viertes dulce consuelo
en la desgarrada herida
que en el corazon me han hecho.
¡La ambicion de mi sobrino
cada vez mas clara veo!
Mas juro que su castigo...
¡lo abandono y desheredo!
LAURA. ¡Oh, no!
EUGENIO. ¡Mis bienes son tuyos!
LAURA. Padre y señor, yo no entiendo
de bienes; yo quiero solo
de usted cariñoso afecto,
y que cese de mi madre
el dolor en que la veo.
(Acariciándole.)
Dé sus bienes al sobrino,
para mí su amor y un beso!
¡y él es mas desgraciado,
que yo lo mejor me llevo!
EUGENIO. ¡Hija del alma¡ ¿Y tu madre?
¿dónde está que no la veo?
¿Y el noble anciano que dices
te ha cuidndo con esmero?
¿Dónde está? ¡mi gratitud
quiero mostrarle al momento!
LAURA. Me robaron... y no sé...
los pobres con desconsuelo
quizá me buscan.
EUGENIO. ¡Verdad!
LUISA. (Dentro.) ¡Socorro!
LAURA. ¡Mi madre!
EUGENIO. (Abriendo la puerta.) ¡Cielos!
¡Infames, tened! ¡Atrás!
paso á Luisa. (Esta sale y se precipita en sus brazos.)
LUISA. ¡Ay, Eugenio!
(Se presenta Fernando en la puerta. Laura se oculta detrás de Eugenio. Pausa.)

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA y FERNANDO.

EUGENIA. ¿Por qué esa violencia?
FERN. (Turbado.) Yo...
pensando le dañaria
una emocion todavia...
LUISA. ¡Infame, que me robó
mi hija! ¡Que fementido
me dice que en el lugar
vecino la debo hallar
y en vano lo he recorrido!
LAURA. ¡Madre mia! ¡Estoy aqui!
FERN. (¡Cielos!)
LUISA. ¡Hija! ¡Hay Providencia!
EUGENIO. (Á Fernando.) Humíllate en mi presencia,
¡traidor! ¡aleve! ¡ay de tí!
Luisa...
LUISA. ¡Pronto, señor!
¡prestemos á Blas socorro!
LAURA. ¿Á Blas?
LUISA. Los infames...
LAURA. ¡Corro! (Váse.)
LUISA. El otro amigo traidor
de ese hombre, con su gente
nos asaltó en el camino!
¡temo que el vil asesino
un crímen feroz intente!
EUGENIO. Vamos, si, y ¡ay de los dos!
¡tu maldad he conocido!
FERN. Mas yo...
EUGENIO. ¡Calla, fementido!
¡Vamos al punto!
LUISA. ¡Gran Dios!

ESCENA VII.

FERNANDO, en seguida ANTONIO.

FERN. ¿Cómo ha llegado hasta aqui

esa niña? ¡Maldicion!
mi tio, sin remision
me deshereda... ¡ay de mí!

ANTONIO. ¡Fernando, todo es perdido!
todo está ya descubierto,
y para evitar el mal
no me ocurre mas que un medio!

FERN. ¿Cuál es?

ANTONIO. Pues tiene tu tio
hecho ya su testamento
á favor tuyo, es preciso
que antes que haga otro nuevo
ni á su hija reconozca...

FERN. ¿Qué?

ANTONIO. ¡Que muera!

FERN. Lo que es eso...

ANTONIO. ¡Es preciso!...

FERN. ¡No! .. ¡No, Antonio!
¡Ese crímen no consiento!

ANTONIO. ¿Consentirás que se trueque
el fausto en que estás viviendo
por la miseria? ¿El favor
de tus amigos y deudos
y el respeto de la gente
por el desden y el desprecio?
¿Preferirás mendigar
de tu tio los consuelos,
y que esa misma Luisa,
conservándote odio eterno,
se digne darte limosna
como á un triste pordiosero?

FERN. Trabajaré...

ANTONIO. ¡Desdichado!
¡Si has desperdiciado el tiempo!
si no sabes hacer nada
para ganar el sustento...

FERN. ¡Bien! Moriré en la miseria,
mas tal crímen no consiento!

ANTONIO. ¡Hablemos claros! aqui
es preciso que zanjemos
nuestras cuentas: ó me pagas
el capital y los réditos,

ó yo tomo mis medidas
contra tí!

FERN. ¡Divino cielo!

ANTONIO. ¡Sabes que puedo hacer uso
de un terrible documento!
en él te obligas...

FERN. ¡Oh, calla!
eres demonio perverso
que háeia la senda del crímen!
me arrastras, vil usurero!

ANTONIO. Yo perderé mi fortuna;
mas decidido me encuentro
á arruinarte! ¡á envilecerte!

FERN. ¡Se sienten pasos!... ¡silencio!

ANTONIO. ¡Se acercan! ¡Entrate aqui,
y la ocasion esperemos!

ESCENA VIII.

LAURA.

¡Pobre Blas! herido viene
por esos viles; fortuna
que acudieron los civiles
para terminar la lucha,
y llevan presos y atados
á los infames; ninguna
herida ofrece peligro;
mas mi pecho se atribula
al ver sangre, y me adelanto
para ver si encuentro alguna
de las vendas que sirvieron
para mi padre; sin duda
allí las habrá de sobra;
(Se dirige á la puerta de la derecha.)
voy á ver... ¡pero se escucha
hablar bajo en esa alcoba!
son los malos, y disputan!
¡Qué dicen! ¡Y yo estoy sola!
¡Ah! ¡Me escondo! ¡habla con furia
uno de ellos! ¡Gran Dios!
¡dále á la inocencia ayuda!
(Se oculta entre el armario y la pared.)

ESCENA IX.

LAURA oculta: EUGENIO y despues ANTONIO.

EUGENIO. (Desde la puerta de la izquierda, hablando hácia dentro.)
¡Que le curen al momento!
¡qué perfidia! ¡qué maldad!
Mas ese infame sobrino
y su amigo, ¿dónde estan?
(Se sienta junto á la mesa que estará á la derecha: apoya la frente en las manos: Laura va á salir á tiempo que sale Antonio y vuelve á quedar oculta: Antonio saca un puñal en la mano.
ANTONIO. (Esta es la ocasion; le hiero,
y escapo sin vacilar
por esta ventana: bien!
Y Fernando que allí está
saldrá tambien al ruido
y se pondrá en salvo...)
LAURA. (¡Ah!)
ANTONIO. ¡El momento es oportuno! (Blande el puñal.)
LAURA. (¡Qué miro!)
ANTONIO. (¡Valor!)
LAURA. (Se interpone apuntándole con la escopeta.)
¡Atrás!
ANTONIO. ¡Cielos!
EUGENIO. (Sorprendido.) ¡Quién! ¡Infame!
LAURA. Suelta pronto ese puñal,
ó niña y todo disparo!
ANTONIO. ¡Maldicion!
LAURA. Sin vacilar,
porque yo á matar las fieras
acostumbrada estoy ya!
EUGENIO. Pero comprender no puedo...
LAURA. Le queria asesinar;
yo estaba allí...
EUGENIO. ¿Mi sobrino?...
LAURA. En aquella alcoba está.

ESCENA X.

DICHOS, LUISA, BLAS, UN SARGENTO y tres guardias civiles.

LUISA. Eugenio, buscan aqui...
SARG. Buscamos á un don Antonio
que ha pagado á los infames
que ya prendimos nosotros,
para que á ese pobre anciano
atacaran alevosos.
ANTONIO. ¡Es falso!
SARG. Lo han declarado.
EUGENIO. ¡Y yo prestaré mi apoyo
para que tenga el castigo
que merece! Este hombre odioso
ha intentado asesinarme
hace un momento.
LUISA. ¡Qué oigo!
BLAS. ¡Si es un Judas!
SARG. ¿Es verdad?
EUGENIO. Á declararlo estoy pronto
ante los jueces; yo soy...
SARG. Don Eugenio, le conozco.
EUGENIO. Este ángel por mí velaba,
y se lanzó con arrojo,
conteniendo al asesino
con la escopeta.
BLAS. ¡El demonio
es la chiquilla!
LUISA. ¡Hija mia!
¿te atreviste de ese modo...
EUGENIO. Este es su puñal; el cuerpo
de su delito alevoso!
ANTONIO. ¡Se me acusa con empeño,
y se me nombra á mí solo!
¡Hay otro mas criminal!
EUGENIO. ¿Quién?
ANTONIO. ¡Su sobrino!
LUISA. ¿Qué oigo?
ANTONIO. La causa de estos sucesos,
este papel dirá pronto!

EUGENIO. (Lo toma y lee.) «Yo el abajo firmado, declaro »que debo á don Antonio Gonzalez y Espi- »nar, la cantidad de diez mil duros, por la »que me obligo á entregarle la mitad de to- »do lo que herede en fincas y metálico, á la »muerte de mi tio don Eugenio de Lara.»

(Se oye un tiro en la alcoba.)

TODOS. ¡Ah!

SARG. ¡Ese tiro!

EUGENIO. Corramos.

(Entran todos, menos Antonio, Blas y los tres civiles.)

BLAS. Si en gentes de la ciudad
se encubre tanta maldad,
muy bien en el campo estamos!

LUISA. ¡Muerto! ¡muerto! (Salen todos horrorizados.)

LAURA. ¡Madre mia!

EUGENIO. ¡El infeliz es difunto!
¡Señores, llevadle al punto
á ese infame!

LUISA. ¡Aciago dia!

SARG. (Á los civiles.) Á ese vecino lugar
llevadle inmediatamente;
que venga el juez competente
para el sumario formar. (Se lo llevan.)
Yo quiero permanecer
mientras la justicia llega
y del cadáver se entrega,
que asi cumplo mi deber.

EUGENIO. Partamos, hija, de aqui;
¡sígueme tú, esposa mia!
pagaré desde este dia
lo que has sufrido por mí!

BLAS. (Conmovido.)
Ustedes de aqui se van:
felices vivid en calma.
¡Laura! ¡Mi hija de mi alma!
¡las penas me matarán!

LAURA. ¡No! (Abrazándole.)

EUGENIO. Usted de mi hija ha cuidado
y venturosa la ha hecho,
usted adquirió el derecho

de vivir siempre á su lado.

BLAS. ¡Oh! ¡Gracias!... Su amigo fiel...

EUGENIO. Marchemos ya.

(Van á salir: Eugenio conmovido dirige la vista hácia la puerta derecha, y dice:)

¡Desdichado,
bien sus culpas ha expiado!

LUISA. ¡Roguemos á Dios por él!

(Todos se arrodillan mirando á la derecha. Cuadro.)

FIN.

Habiendo examinado este melodrama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 30 *de Mayo de* 1864.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.